

Reseña

Julie Otsuka: *Cuando el emperador era Dios*
traducción de Carme Font, 2013, Duomo Ediciones
pp. 180, € 14,00

Irene Starace
Grupo Japón (Universidad de Zaragoza)



Esta novela es la secuela de *Buda en el ático*, historia de las “novias en fotografía” (chicas japonesas que iban a casarse con connacionales residentes en Estados Unidos), que concluía con el ataque a Pearl Harbour. La suerte de las familias japonesas en Estados Unidos durante la guerra es el

tema de esta segunda novela: los ciudadanos americanos (y canadienses) de origen japonés fueron considerados enemigos en potencia, arrestados o encerrados en campos de concentración.

La autora se centra en la historia de una familia, en la que el padre es arrestado y la madre y los dos hijos, de ocho y once años, deportados. Es significativo que de ninguno de ellos se diga nunca el nombre: son “la mujer” o “la madre”, “el padre”, “la niña” y “el niño”. Quizá porque su historia es emblemática de muchas. Otra característica original es la variedad de los puntos de vista y de las personas narrativas. Los tres primeros capítulos, “Orden de evacuación n.19”, “Tren” y “Cuando el emperador era Dios” (este último narra la vida en el campo de concentración) están narrados en la tercera persona, pero en cada uno domina el punto de vista de un personaje: en el primer capítulo es la madre, luego la hija mayor, y finalmente el hijo menor. En el cuarto capítulo, “En el jardín de un extraño”, en el que se narra el regreso a casa, son los hijos en narrar, en la primera persona plural; en el último, “Confesión”, el padre, que habla en primera persona. Se trata de una experimentación no nueva para Otsuka, que en la novela anterior había creado un “nosotras” para poder contar una historia colectiva.

El tono del relato es esencial, desangelado. La autora deja que la injusticia y el dolor hablen por sí solos. Su protagonista organiza la partida sin dudar, mata al perro y deja volar al perico de la hija porque en el campo no se admiten animales, pero se lo oculta a los hijos. Los niños, durante el viaje y en el campo, encuentran cosas que les ponen curiosos: los mustang, las serpientes de cascabeles, un bulbo de tulipán. Entre un descubrimiento y una carta de la única amiga que sigue escribiendo, aparecen la nostalgia del padre y el dolor de la pérdida. A momentos, se dibuja la vida del campo: el calor y el polvo sofocantes del desierto de Utah, la convivencia forzada, la incertidumbre y el terror por el futuro, la deportación a Japón de quienes no se declaran dispuestos a servir en el ejército de Estados Unidos, o se niegan a renegar del emperador. Los conceptos de “lealdad”, “fidelidad”, “traición” son el hilo conductor de esta vida: el cautiverio es “una ocasión para demostrar...lealdad”, según los americanos. La madre firma la declaración de fidelidad para no desarraigar a sus hijos del país que ya es el suyo, y porque, total, “solo son palabras”. En los Estados Unidos como en Japón, se podría decir. En todo caso, es interesante ver en el país “creador de la democracia” el mismo fanatismo que estamos acostumbrados a atribuirles a “los otros”.

El regreso no cumple con las esperanzas de los niños: de la casa ha desaparecido casi todo, los vecinos les

miran con desconfianza, aunque han aprovechado la deportación para robar varios muebles de la casa, y cuando, por fin, el padre vuelve, ya no es el hombre cariñoso y alegre de antes. El cautiverio le ha envejecido antes de tiempo y vuelto miedoso de todo. Los niños son obligados a aprender a estar por su cuenta y a disculparse por todo para poder vivir entre los otros. Poco a poco, vuelve la normalidad, y el único rastro del trauma sufrido parece ser la búsqueda de la mata de rosas del jardín, que fue robada y que los niños creen reconocer, de vez en cuando, en el jardín de algún vecino.

El último capítulo es un monólogo que podría haber sido pronunciado por el padre durante el absurdo “interrogatorio sobre la lealdad”, en un estado de exasperación después de ser dejado sin dormir durante días, pero se transforma, una vez más, en un discurso coral, que cualquier japonés (o, por extensión, cualquier inmigrante) podría suscribir. La cerrazón absoluta de una sociedad aparentemente abierta, el miedo al Otro, oculto hasta estallar en los campos de concentración y en las detenciones arbitrarias. Pearl Harbour fue el detonador de un racismo ya existente, que aparece en algunos recuerdos de los niños. Pero ¿qué se podría decir contra estos extranjeros? “Demasiado bajo, demasiado moreno, demasiado feo, demasiado orgulloso” dice el hombre que habla en el último capítulo. Demasiado poco para condenar a todo un pueblo.